

TÍTULO. AQUELLOS RECUERDOS DE MI PUEBLO BLANCO

Modalidad. Apartado general

En aquellas horas del amanecer el lugar se encontraba vacío y, desde allí, observé por última vez mi pueblo natal. Mi padre paró el coche, nos dijo que bajásemos y que mirásemos el pueblo porque iba a pasar mucho tiempo hasta que lo volviéramos a ver. No se equivocaba porque, cuando mi hermana y yo volvimos, había pasado más de medio siglo.

Y desde entonces tengo clavada la imagen del pueblo blanco y su silueta romana en medio de aquella tierra plana. Los tejados de color rojo apagado y la torre de la iglesia en medio de esa gota blanca de cal caída en un lugar del universo. Y junto a este recuerdo también conservo, inmutables, los de mi infancia.

Mi abuelo era pintor. Yo siempre pensé que iba a heredar su oficio; que iba a ser como él: tranquilo, trabajador y feliz viendo crecer a sus nietos.

-*Voy a blanquear*, nos decía a mi hermana y a mí. Nosotros íbamos a buscarle con las bicicletas por el pueblo para jugar con él y ¡qué alegría!, ¡qué ilusión!, porque, al encontrarlo, podíamos jugar con él haciendo nuestras trastadas. Nos manchábamos las manos con polvo negro de carbón y las poníamos en la pared blanca de cal dejando nuestras huellas. El abuelo, desde arriba en la escalera, nos miraba y sonreía porque luego él quitaba lo que dibujábamos. También nos dejaba pintar con tizas rojas.

– *Podéis pintar*, nos decía, *porque así puedo conocer vuestro futuro y vuestros sueños*. Yo recuerdo sus palabras aunque, debo decir, no las entendía.

Solo nos prohibía una cosa; que nos pusiéramos debajo de la escalera no fuera que se cayera él, o el cubo de pintura, sobre nuestras cabezas.

A mi hermana le encantaba dibujar muñecas y mi abuelo le decía.

– *Luisa, píntalas con una sonrisa. Siempre con una sonrisa*, y eso era lo que hacía mi hermana. A ella también le gustaba dibujar nubes.

A mí me encantaba dibujar mariposas, limoneros y naranjos. Yo creo que nadie, en toda su vida, ha dibujado tantos árboles como yo.

Al atardecer nos íbamos y, cuando volvíamos al día siguiente, ¡qué pena!, mi abuelo ya había terminado de blanquear la pared y se había ido. Nuestros dibujos habían desaparecido. Aún así nosotros recordábamos qué habíamos dibujado en las paredes de aquella casa. Luego nos íbamos a buscarle a su nuevo lugar de trabajo con el fin de hacer nuevos dibujos. Era como volver a empezar y lo cierto es que esto ha sido volver a mi pueblo natal; un volver a empezar con más incertidumbres que certezas pero con la

seguridad de que, en la vida, el cielo de los recuerdos no pueden esperar; los tenemos que revivir cuanto antes y sin dudar. Y esto fue lo que hice, deshelar el pasado, recordar y ser fiel a lo que tantas veces nos decía: que en nuestros dibujos apareciera siempre la sonrisa.

Volvimos a nuestro pueblo natal e hice, como hiciera mi padre, paré el coche a las afueras, en aquel lugar desierto. Ahí estaba inmóvil e inmortal; el pueblo vestido de cal con la misma silueta, los mismos tejados y la misma torre de la iglesia. Entonces me puse nervioso porque mi corazón empezó a latir más rápido.

Mi hermana y yo, al entrar en el pueblo, nos dirigimos a la casa que fuera de nuestros padres. Teníamos el alma en vilo, a flor de piel, porque en cada calle, en cada casa, todavía blanqueadas y pintadas de cal, veíamos y recordábamos los dibujos que habíamos hecho.

- *Mira, ahí están tus nubes y aquella muñeca sonriendo con la que dormías.*
Le dije a mi hermana. Y ella me respondió.
- *¡Anda, mira, y ahí están las huellas de nuestras manos!* Me cogió del brazo y me acercó a la pared. *Vamos a probarnos.*

Efectivamente, eran nuestras huellas. Fue así como logré superar el miedo a no entender las palabras de la infancia, a que no pudiera inmortalizarla y a que la vitrina de la memoria estuviera vacía, sin voces humanas, sin sueños y sin nada. Ahora sé que los recuerdos te permiten ver lo que nadie ve y esas eran nuestras manos, nuestros sentimientos, nuestra vida, nuestros recuerdos; y éstos somos nosotros dando luz a la memoria de nuestra infancia, de nuestro abuelo y de nuestro pueblo blanco.